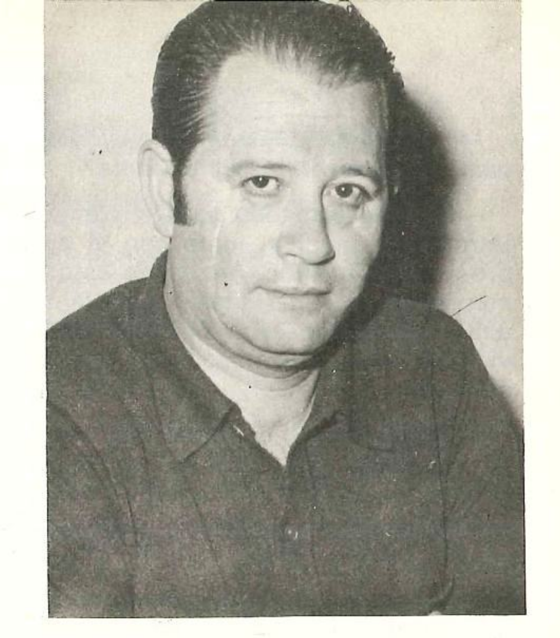
A entrevistas con personajes como Juan de la Plata, me abono todos los días. Aunque él parezca serio, ensimismado, ustedes no hagan caso. Es un tío simpatiquísimo, juerguista, amable, dicharachero, buenísima persona, y, sobre todo, entendido, muy entendido en flamenco. Un momento, un momento. He dicho juerguista y aclaro: juerga normal, sana y sin más altura. ¿Estamos? Una juerga en la que el cante sea principio y fin. Y unas copas de Jerez, claro. O muchas copas de Jerez.

—Juan: una soleá.

—Esta:

Querer no es decir te quiero.
Es arrancarse los ojos
y darlos al compañero.



entrevista de urgencia

juan de la plata

Así empezó una entrevista que a nuestro personaje de hoy fue realizada por otro personaje en «flamenco», que forma en las filas de la tertulia caballa —caballa de oro de ley también él— desde que empezaron a constituirse: Paco Amores. Añadir más para hacer la presentación de Juan de la Plata resultaría obvio. Juan Franco Martínez, Juan de la Plata para los flamencos, apenas necesita dos líneas más para ser presentado. Sus libros, sus versos, su labor literaria toda, su carisma de periodista (de prensa y de radio), su ingente obra al frente, cuatro lustros van a cumplirse, de la Cátedra de Flamencología jerezana, la creación del Museo de Arte Flamenco, la organización del Festival de la Bulería, son títulos eficientes y evidentes que definen, obras al canto, la intensa y peculiar personalidad de este jerezano insigne.

—Juan, el flamenco, ¿qué es el flamenco?

—El flamenco es, para mí, y para muchos, un arte enraizado en mi propia sangre, en mi propia tierra, en mi propio pueblo. Para mí es, desde luego, arte, pasión y, en gran parte, motivación de mi propia vida. Aunque pienso que, con todo eso, el flamenco es, y debe ser, mucho más. Algo grande y sublime, para los que lo sabemos amar y sentir profundamente.

—Más específicamente: ¿Y el cante?

—El cante es algo que nos conmueve, cuando está bien dicho. Que nos exalta y sensibiliza, hiriéndonos con desgarro en lo más hondo. ¡Daría media vida por saber cantar...!

—Tu obra predilecta, La Cátedra. ¿Por qué?

—Bueno, la Cátedra era algo que hacía falta, en el momento en que fue creada, hace ahora diecisiete años. Después, y durante muchos años, hemos tratado de cumplir con una tarea cultural, que nos impusimos, con todo rigor y seriedad. Ahora, tratamos de buscar nuevos cauces para seguir con esta labor, que preferimos sea de investigación y de canalización de ideas, estudios y enfoques hacia nuevas metas, que dignifiquen y encumbren nuestro viejo arte flamenco, colocándolo en el lugar que realmente le corresponde, entre las artes musicales de los pueblos del mundo.

—El Museo de Flamenco, ¿un sueño ya realizado?

—Mejor diría, que a medio realizar. Pero, desde luego, en vías de realizarse totalmente. En ello está trabajando plenamente el Patronato, que preside don Alvaro Domecq y Díez, al frente de un magnífico y competente equipo de entusiastas. Pronto, el Museo será una realidad y un orgullo de España.

—Tú has dicho que «para saber escuchar y saber distinguir» sirven muy pocos. ¿No has exagerado?

—No, en absoluto. Esto es un secreto, un misterio, que muy pocos poseemos. Se sabe escuchar y distinguir, o no se sabe. No caben términos medios. Hay que nacer para ello, en medio de un ambiente propicio, vivirlo plenamente, entregarse a él durante muchos años, sintiéndolo y paladeándolo. Todo ello, con moderado apasionamiento, con objetividad y cabalismo de oficiante. Supongo que también hay que tener un sexto sentido, para entender todo este sugestivo mundo interior del flamenco y no perderse por sus mil vericuetos. Porque ese es el peligro que corren todos los que no saben escuchar ni distinguir, de verdad.

—¿Hasta qué extremo consideras las letras como fundamentales en el cante?

—En el cante todo tiene su importancia. Las letras y la música, junto con el arte del intérpre, forman el todo. Aparte de esto, si las letras son realmente acertadas, y generalmente lo son, una copla puede decir muchas cosas, y algunas muy directas al corazón del que escucha con atención.

—¿Estás «por» la renovación del cante? ¿Se ha renovado algo, alguna vez del cante? ¿Se pueden «modificar» los cantes tradicionales o se pueden crear no ya nuevos estilos, sino nuevos cantes, acaso nuevos compases?

—¡Claro que sí, que estoy por la renovación del cante! Ten en cuenta que el cante, como arte de una minoría del pueblo andaluz, es algo vivo, en permanente renovación. Claro está que todos los días no nacen genios que sepan modificar los cantes tradicionales, pero el cante evoluciona continuamente, buscando nuevas formas de expresión. Los que lo consiguen, son los únicos maestros que reconoce la historia. Gracias a ellos, el cante sigue existiendo. Ahora mismo, atravesamos una época de transición, que puede traernos nuevos compases y nuevos estilos. Realmente, yo creo que el cante no debe anquilosarse, sino renovarse con inteligencia, según el arte de cada cual.

—«Flamenco» saca hoy su XI ejemplar. Exigua cifra si se relaciona con todo lo que hay que hacer y con todo lo que hay que escribir sobre el arte flamenco. La veterania, en este caso la tuya, es un grado. Toma la palmeta y dictamina: ¿qué le falta y qué le sobra?

—Dejando la palmeta a un lado, puesto que no me gusta pontificar en absoluto, creo que a «Flamenco» le faltan ya muy pocas cosas, puesto que cada día se va perfeccionando a gusto de todos, gracias a tu tesón y a tu profundo conocimiento del tema. Sobrarle, tampoco le sobra nada. Si acaso, yo pediría que todos colaborásemos en sus páginas, con el mismo afán y celo que tú pones en esta hermosa e ingrata tarea, que algún día verás justamente recompensada.

Mi gratitud y mi enhorabuena, por esta labor continuada que, positiva y constructivamente, «Flamenco» lleva a cabo, para bien de nuestro arte más universal. Gracias, como lector y como aficionado.

F. DE LA BRECHA